

## LO ÁCIDO DEL HUMANISMO: UNA LECTURA NIETZSCHEANA DE *LA NARANJA MECÁNICA*

LAURA MURILLO ALONSO  
*Grado en Estudios Franceses*

*¡Y cómo podría existir un «bien común»!  
La expresión se contradice a sí misma:  
lo que puede ser común tiene siempre poco valor  
(Nietzsche, 1972: 71-72)*

### 1. INTRODUCCIÓN

Es *La naranja mecánica* una de esas películas que se puede abordar desde los más heterogéneos ámbitos. Su estética, su simbología, su lenguaje y un largo etcétera, la convierten en un libro visual inagotable sobre la que siempre hay algo que decir, acaso inédito. Yo, que carezco de los dotes del esteta y del poeta, así como del de la invención, he visto en esta película una temática que desde los albores de la humanidad ha concernido al hombre: el problema del humanismo, sus alcances y sus límites. Estas líneas, pues, pretenden ser una reflexión de cariz filosófica pero interesante (y añadido el «pero», muy a mi pesar, por la tendencia a igualar tal calificativo al de aburrido) que con haber encendido, si acaso hecho saltar la pequeña chispa de la curiosidad y del pensar, se dará por satisfecha.

### 2. EL CONCEPTO DE HUMANISMO

Cuando hablamos de «humanismo» a menudo pensamos en el hombre instruido del Renacimiento. Esta intuición nos conduce a un primer sentido, un sentido restringido del término, que aparece en el Renacimiento tardío y que hace referencia a aquel que se consagraba a las artes liberales como la historia, la poesía, la retórica, la gramática y la filosofía moral. Este humanismo hacía hincapié en el estudio de los grandes autores latinos y griegos, estudio que guiaba un interés por lo humano y no tanto por lo divino. La idea que proliferó es la de que la educación nos hace más humanos, idea

que se remonta a la *paideia* griega y que desarrollará la Ilustración.

Un segundo sentido, un sentido amplio del término, nos lleva a considerar tal concepto en toda su riqueza, pues considera «humanismo» a todo movimiento que pretende hacer valer algún ideal humano; así, sería posible hablar de un humanismo cristiano, un humanismo científico, otro socialista, etc. Entre estos humanismos, uno del que bebemos actualmente es el humanismo ilustrado, el cual, de una forma deformada, ha venido a dar en un instrumental uso de la razón en detrimento de la naturaleza y en un «filantropinismo» (presente en los planes de estudio) que subordina la formación crítica de los individuos a su instrucción en conocimientos prácticos y útiles.

Sin perder de vista tales lacras y otras más (como el hecho de forjar una concepción cerrada del ser humano que se considera, hay que expandir a modo imperialista), se entiende que el humanismo haya sido objeto de crítica de numerosos autores. Y es que, si allí donde hay un ideal humano hay un humanismo, podemos decir, con Foucault, que el humanismo ha servido para justificar las mayores atrocidades cometidas.

En la actualidad, son numerosos los autores que proponen un nuevo modelo de humanización no basada en la educación. Peter Sloterdijk es uno de ellos y con él y junto a Nietzsche (pues no podía faltar el crítico por excelencia de la cultura occidental) me propongo abordar un análisis del humanismo sin perder de vista *La naranja mecánica*.

### 3. LA LECTURA CORRECTA DOMESTICA: EL FIN DE UNA ERA

En *Normas para el parque humano* comienza Sloterdijk evocando aquello que dijo Jean Paul, a saber, que los libros son voluminosas cartas a los amigos. Tal evocación le sirve para caracterizar lo que según él es el humanismo: «una telecomunicación fundadora de amistad por medio de la escritura» (Sloterdijk, 2007: 1) que recluta a sus adeptos escribiendo de modo contagioso cartas sobre el amor o la amistad, unas cartas que son puestas al servicio de la posteridad, de unos amigos aún por llegar que ingresarán en el círculo de amistades. De modo tal, Sloterdijk retrotrae el fantasma comunitario que subyace a todo humanismo al modelo de una sociedad literaria en la que los participantes descubren por medio de lecturas canónicas su amor común hacia ciertos remitentes. Según Sloterdijk, los humanismos nacionales, surgidos al abrigo de este modelo de sociedad, estuvieron dirigidos por una casta de filólogos que iniciaban a los recién llegados en tales círculos de amistad.

No obstante, la época del humanismo nacional-burgués llegó a su fin porque el arte de escribir cartas inspiradoras de amor a una nación de amigos no fue ya suficiente para anudar un vínculo comunicativo entre los

habitantes de la moderna sociedad de masas, en donde la coexistencia de los individuos se establecía sobre nuevas bases auspiciadas por los *mass media*. El problema que a raíz de este diagnóstico establece Sloterdijk es bastante serio pues «el humanismo como palabra y cosa tiene siempre un opuesto, pues es un compromiso en pos del rescate de los seres humanos de la barbarie» (Sloterdijk, 2007: 4). Luego, si el hombre es un lobo para el hombre, «¿qué puede domesticar aún hoy al hombre si el humanismo naufraga en tanto que escuela domesticadora humana?» (Sloterdijk, 2007: 9).

Podemos preguntarnos, ¿qué puede domesticar a Alex? En efecto, el protagonista de *La naranja mecánica* nos recuerda la perpetua batalla que se libra en el hombre entre tendencias bestializantes y domesticadoras. Además, teniendo en cuenta el binomio que establece Sloterdijk «domesticación-lectura», no es de recibo que nuestro protagonista, que no se somete a ningún mecanismo inhibitorio, tenga como pasión la música, la de Beethoven en concreto (que no se caracteriza precisamente por amansar a las fieras). De hecho, será en la cárcel, en el momento en el que se sienta para leer la Biblia, cuando comience el amansamiento del protagonista, aunque tampoco aquí será la lectura tanto como la técnica el instrumento para la mejora.

#### 4. LOS MEJORADORES DE LA HUMANIDAD: EL ARTE DE LA DOMA

Si alguien analizó lúcidamente las distintas formas de mejorar al hombre, esto es, de hacer moral, ese fue Friedrich Nietzsche. Su lectura, abocada irremediabilmente a una concepción elitista de la cultura y a la defensa de un humanismo heroico que deviene antihumanismo (con críticas a la democracia y a las ideas de igualdad y progreso que propugna la Modernidad y que han conducido a Europa al nihilismo), nos da las claves para entender algunas críticas que se pueden hacer al humanismo en su intento por domesticar al hombre.

En el *Crepúsculo de los ídolos*, Nietzsche cifra en dos las tendencias entre los «mejoradores de la humanidad», esto es, de los humanistas, para hacer moral: la doma de la bestia y la cría de una determinada especie. Empezaremos por analizar la primera tendencia, cuyo monopolio ha sido detentado tradicionalmente por el sacerdote y el maestro, quienes desde la religión y la moral, se han conservado el derecho de prescribir «haz esto y aquello, no hagas esto otro, ¡así serás feliz!». Para entender en qué consiste la doma basta con recordar a Alex en plena exhibición del control de sus impulsos después de haberse sometido a un duro proceso conductista y farmacológico, mientras evocamos a Nietzsche:

La fiera es debilitada, es hecha menos dañina, es convertida, mediante el afecto depresivo del miedo, mediante el dolor, mediante las heridas, mediante el hambre,

en una bestia *enfermiza* [...] Allí yacía ahora, enfermo, mustio, aborreciéndose a sí mismo; lleno de odio contra los impulsos que incitan a vivir, lleno de sospechas contra todo lo que continuaba siendo fuerte y feliz (Nietzsche, 1973: 78).

Dicho en términos fisiológicos, para Nietzsche, el poner enferma a la bestia es el único modo de debilitarla. No obstante, en la película, más que la figura sacerdotal (paradójicamente atípica), es la figura del científico la que cobra relevancia en tanto domador del género humano. También a ellos se dirige Nietzsche, a esos «espíritus objetivos», que no son más que los perfectos representantes del mediocre ideal moderno cuyas heráldicas son la igualdad y el positivismo. Para el filósofo, el científico no es más que un «ejemplar de esclavo», aunque de la más alta categoría, que, por desconfiar de sí mismo, necesita que se le reconozca su utilidad, ¿y qué mejor modo de ser útil que el de perpetuar las artes de la doma que prescriben otros superiores a él? Este hombre, «es uno de los instrumentos más preciosos que existen, pero ha de ser manejado por alguien más poderoso» (Nietzsche, 1972: 155). Si recordamos, *La naranja mecánica* nos presenta a un séquito de científicos que no hace sino cumplir órdenes que le imponen las esferas gubernamentales: véase cómo, tras el intento de suicidio de Alex, de la que se hace eco una fuerte presión mediática, tratan de dar marcha atrás para lavar la imagen del poder que mueve los hilos. La pretensión de igualdad de este hombre científico, cuya alma reflectante está eternamente alisándose, le lleva a recelar de los que son superiores a él, por ello «sus instintos de mediocridad» trabajan para aniquilar al hombre no habitual, lo que consigue cuando en éste emerge el sentimiento de la compasión, lo que consigue cuando Alex llora sus primeras lágrimas.

Lo cierto, dirá el lector, es que es preferible esta doma a nuestra conversión en unos Alex sedientos de violencia. Lo cierto es que somos muy moralistas. Para Nietzsche, sin embargo, la moralidad de una sociedad no dice nada a favor del progreso de la misma. El hombre moderno, vulnerable, indulgente, lo único que muestra en relación al hombre de la época del Renacimiento es un envejecimiento fisiológico y un decrecimiento de la vitalidad que le ha llevado a la paralización de la voluntad. Otro espíritu distinto era el del hombre guerrero del Renacimiento, época pródiga y rica de fatalidades. *La naranja mecánica* ilustra bien el choque entre ambos tipos de sociedades: de una parte, el ideal de la sociedad moderna, algodónada, que, con todas las instituciones a su disposición, no quiere chocar con ninguna piedra, igual que nosotros en nuestros días:

Nosotros los modernos, con nuestra angustiada solicitud por nosotros mismos y con nuestro amor al prójimo, con nuestras virtudes del trabajo, de la falta de pretensiones, de la legalidad, del cientificismo, resultamos ser una época débil

(Nietzsche, 1973: 120).

De otro lado, el escollo por todos temido, Alex, el espíritu viril, fatalista, amigo del peligro y de la destrucción, como aquel otro del Renacimiento. Incluso las suntuosas vestimentas que luce nos advierten que la época en la que vive no es la suya; él es un hombre cruel y de acción, a la manera de César Borgia, un hombre que se ríe de la «moral de viejas» de su tiempo, la cual se le presenta como una comedia ante la que se desternilla de risa. No tenemos más que recordar cómo disfruta ante el miedo que va suscitando allí donde ejerce la violencia, allí donde se impone, pues él tiene voluntad de destacarse.

#### 4.1. LOS MEJORADORES DE LA HUMANIDAD: EL ARTE DE LA CRÍA

Precisamente porque permite que haya figuras superiores, en detrimento de la igualdad, Nietzsche prefiere otro método de mejora en el que ahora me centraré: la cría. No es éste un método resultado de una cultura enferma que trata de nivelar a todo lo superior, se trata de una práctica más sana centrada en crear a una determinada raza o especie. Nietzsche toma el ejemplo de la moral india, sancionada como religión en la “Ley del Manú”, la cual distingue cuatro estamentos: una sacerdotal, otra guerrera, una de comerciantes y agricultores, y otra de sirvientes.

En *La naranja mecánica*, los estamentos también están definidos y no cabe duda alguna acerca de quién detenta el monopolio del sacerdocio, a saber, Alex. Junto a él, y a sus órdenes, el estamento guerrero lo conforman la pandilla de matones que lo acompañan, los *drugos*. Los estamentos más bajos lo forman el resto de individuos; entre ellos, los pertenecientes al aparato institucional (gobierno, policía, científicos) se situarían en un peldaño superior. Sin embargo, para Nietzsche, este otro modelo de organización no deja de ser terrible, no ya por su lucha con la bestia, sino por la que declara a su concepto antitético, al «hombre no-de-cría», al mediocre o *chandala*. Es la lucha que Alex libra con el conjunto de la sociedad antes de someterse a la doma; su proceder está siempre orientado a dejar claro quién manda. En su lucha por enfermar al «gran número», Alex no solo violenta a individuos de bajos estamentos como mendigos, también cuando alguno de los suyos, los *drugos*, trata de usurparle el poder, le da su merecido. Las consecuencias de la cría son también nefastas porque engendra recelo en aquellos que viven sometidos a los estamentos arios:

Por un lado la humanidad *aria*, totalmente pura y originaria [...] Por otra parte, se hace claro *cuál* es el pueblo en el que el odio, el odio de los chandalas contra esa «humanidad» se ha perpetuado, dónde se ha convertido en religión [...] El cristianismo representa *el movimiento opuesto* a toda moral de cría, de la raza,

del privilegio: es la religión *antiaria par excellence* [...] venganza inmortal de los *chandalas* como *religión del amor* (Nietzsche, 1973: 80-81).

Cuidémonos de juzgar a la ligera estas palabras. Cerca del desenlace de la película, podemos ver a los *drugos* –malogrados Alex, malogrados arios-convertidos en policías garantes de la paz que, sin embargo, no dudan en propinar una paliza a la bestia enfermada, otrora su mentor. También el mendigo, el escritor y, por extensión, el conjunto de la sociedad, vive presa de su odio. El método para que todo esté en orden y nadie sobresalga consiste, pues, en una vuelta a la doma, instrumento de una sociedad vengativa, reacción de todos los mediocres que rechazan la cría y que se cobijan en una moral compasiva y debilitada que, sin embargo, odia como la que más.

Es por esta mala conciencia que genera la doma que Nietzsche prefiere la cría, portadora de una crueldad vital sin más trasfondos, como método de mejora del hombre. Pero no podemos leer literalmente a este bigotudo so pena de deformarlo y justificar lo que en tiempos de barbarie se hizo con su obra. Nietzsche no zanja la cuestión, el dogmatismo no se aviene bien con él. Expiemos su culpa citando una de las escasas frases amables que nos ofrece, para tranquilidad nuestra, a nosotros, espíritus modernos: «todos los medios con que se ha pretendido hasta ahora hacer moral a la humanidad han sido radicalmente *inmorales*» (Nietzsche, 1973: 81).

## 5. CONCLUSIÓN

Pero entonces, ¿qué puede domesticar aún hoy al hombre? Quizá el lector esperaba una mirada en lontananza, una solución futura, como tantas otras que compulsivamente buscamos en épocas de paréntesis, de crisis, de relativismo. No faltan hoy dadores de tales respuestas, de hecho, una posible salida a tal interrogante de la mano de la propuesta biotecnológica de Sloterdijk centró en un primer momento mi atención. Pero las más de las veces no son las respuestas, sino las preguntas y el análisis del problema lo que requiere una demora. Y he aquí cómo las fórmulas mágicas se han visto desplazadas a fuerza de martillo por el planteamiento del problema mismo, pues como decía Hölderlin, «allí donde crece el peligro, crece también lo que salva».

## BIBLIOGRAFÍA

- Nietzsche, Friedrich (1972), «El espíritu libre»; «Nosotros los doctos», en *Más allá del bien y del mal*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 67-75; 153-169.
- Nietzsche, Friedrich (1973), «Los mejoradores de la humanidad»; «Incursiones de un intempestivo», en *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 77-81; 117-120.

Sloterdijk, Peter (2007), «Normas para el parque humano. Una respuesta a la *Carta sobre el Humanismo*», *Revista Observaciones Filosóficas*, 5, pp.1-17.